

ZBD # 11

Las primeras interpretaciones de Michelstaedter (1910-1916)

The first interpretations of Michelstaedter (1910-1916)

Sergio Campailla
Genova (Italia)
sergiocampailla@hotmail.com

* El presente artículo es una actualización del texto *Le prime interpretazioni di Michelstaedter (1910-1916)*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, aprile-giugno 1990, pp. 17-26.

Artículo recibido el 30/10/2017, aceptado el 20/10/2017 y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: El texto plantea un recorrido por algunas de las reflexiones más significativas y tempranas que generó tanto la obra de Michelstaedter desde los primeros años de su publicación, como las implicaciones filosóficas de su teoría del suicidio, especialmente cuando el escándalo que provocó su muerte en 1910 dio lugar a una lectura más profunda de sus escritos. Desde el inicial ‘suicidio metafísico’ aventurado por Giovanni Papini, hasta la posterior reflexión llevada a cabo por Scipio Slataper, Silvio Benco, Emilio Cecchi, Giuseppe Antonio Borgese, Giovanni Amendola o Giannotto Bastianelli, el texto desvela cómo la obra de Michelstaedter fue motivo de una continua, progresiva y cada vez mayor profundización crítica desde 1910 hasta 1916.

Palabras clave: Carlo Michelstaedter; Filosofía; Crítica; Suicidio filosófico; Otto Weiniger

]

ABSTRACT: *The articles focuses on some of the most relevant and early reflections on Carlo Michelstaedter’s work from the very first years of its publication, as well as on the philosophical implication of his theory of suicide, especially when the scandal of his death in 1910 gave way to a deeper reading of his writings. From the initial “metaphysical suicide” suggested by Giovanni Papini, until the immediate reflections of writers such as Scipio Slataper, Silvio Benco, Emilio Cecchi, Giuseppe Antonio Borgese, Giovanni Amendola o Giannotto Bastianelli, the text shows how Michelstaedter’s philosophy became the subject of a continued, progressive and deeper critical view from 1910 till 1916.*

Keywords: *Carlo Michelstaedter; Philosophy; Critical studies; Philosophical suicide; Otto Weiniger*

El 17 de octubre de 1910, en Gorizia, enfrente de la casa de Piazza Grande (actualmente Piazza della Vittoria, 8), en el último piso donde vivía la familia de Alberto Michelstaedter, muy conocido en los ambientes gorizianos por méritos no solo culturales sino también cívicos, se formó una aglomeración de personas. “¿Qué ha pasado?”, se informaba el peatón curioso parándose a pesar del tiempo lluvioso. “Un estudiante se ha matado allí arriba”, respondía alguien no sin perplejidad. Estos datos de la crónica, que se extraen de una conmovedora memoria de Geppino Michelstaedter Micheletti (1960)¹ escrita a cincuenta años de distancia, transmiten el inmediato eco del suicidio de Carlo Michelstaedter en un registro fiel, al mismo tiempo, de anonimato y cotidianeidad.

Ponía fin así a sus días un desconocido estudiante en vísperas de la lectura del trabajo de fin de carrera. En vida fueron publicados solamente cuatro breves artículos. Tres de ellos vieron la luz en el periódico local *Il Corriere Friulano*, dirigido por su tía abuela Carolina Luzzatto: el primero, sobre las exequias de Carducci, era en realidad una carta a la familia y fue entregada a la prensa a escondidas del interesado con la simple firma: Carlo (Michelstaedter, 1907)²; el segundo era una reseña a la presentación del dannunziano *Più che l'amore* en el Teatro di Società de Gorizia (Michelstaedter, 1908a)³; el tercero y más importante, sobre Tolstói, es un artículo redactado para celebrar el 80º aniversario del gran escritor ruso y fue firmado con las iniciales C. M. (Michelstaedter, 1908b). En los últimos años he podido confirmar la publicación aún en vida de un cuarto escrito, esta vez en *Il Gazzettino popolare* del 29 de abril de 1910. Lleva por título *Ancora lo “Stabat Mater” di Pergolesi* y va firmado como “Uno en nombre de muchos” (Michelstaedter, 1910)⁴. Michelstaedter envió esta nota en caliente al periódico después de haber asistido a una ejecución musical del maestro Seghizzi. Las páginas de estos cuatro escritos nacen de intereses profundamente enraizados, pero todas en circunstancias ocasionales. Se puede añadir, para completar, que ni siquiera las caricaturas de la publicación estudiantil *Gaudeamus igitur*, en marzo de 1907, superaron el anonimato.

El 24 de octubre de 1910, o sea, exactamente una semana después de su trágica desaparición, salió en *La Patria del Friuli* (en honor del acreditado progenitor Alberto) una dedicatoria en verso sobre los funerales en la que lo más relevante era un monstruoso error de imprenta (Anónimo, 1910). Y sin embargo, justo en ese gesto desesperado que no parecía que debiera rebasar las fronteras de un dolor doméstico, absolutamente privado, es donde podemos encontrar los primeros indicios del interés por Michelstaedter y por su obra.

Un interés que fue, al menos al inicio –aunque no faltaron las posteriores repercusiones cuando el problema superó su fase de crónica–, interés por el escándalo. Pocos años antes (precisamente en octubre de 1903) otra alma

¹ Los Micheletti constituían una rama de la familia Michelstaedter que tuvo que italianizar el apellido obedeciendo a la política onomástica del régimen fascista.

² Sobre las protestas de Michelstaedter a causa de la indeseada publicación, cfr. la carta a la familia del 26 de febrero de 1907 (Michelstaedter, 1983, p. 187).

³ Suprimidos el principio y el final, fue publicado de nuevo en Id. (1958, pp. 645-649).

⁴ Actualmente se puede consultar una copia en el “Fondo Carlo Michelstaedter” en la Biblioteca Civica de Gorizia. Presenta correcciones y notas autógrafas en el margen, conocidas ya por Chiavacci, quien reprodujo el texto enmendado pero suprimió la conclusión y la firma, con el título *Lo “Stabat Mater” di Pergolesi*, en Michelstaedter (1958, pp. 686-687).

atormentada, Otto Weininger, vienés y judío converso, se había suicidado, según la célebre expresión de Karl Kraus, “durante un ataque de lucidez espiritual” después de dar a la prensa aquel *Geschlecht und Charakter* que le hizo famoso casi inmediatamente y que pronto circuló incluso por Italia, sobre todo a través de la divulgación de los autores de *La Voce*⁵. Las analogías entre el disparo de revólver de Michelstaedter y el “disparo en la niebla” del que habla Max Nordau resultan verdaderamente impresionantes: Weininger se había suicidado exactamente a los veintitrés años, era –como se ha dicho– de origen judío y contaba ya con estudios clásicos pero también científicos y matemáticos. Había puesto fin a sus días al día siguiente de haber alquilado una habitación en la casa en la que murió Beethoven, en una demostración realmente sobrecogedora. Hay que decir, de testigo está Giannotto Bastianelli, que Weininger dejó definitivamente Florencia con este plan: “No traicionar a Beethoven”.

Estas llamativas coincidencias, que reflejan una formación cultural con significativos puntos de contacto y, más en general, el clima de una época, estaban inevitablemente hechas para dejar caer, en el clamor periodístico, las sustanciales diferencias. Michelstaedter se apagaba el 17 de octubre y el 5 de noviembre de ese mismo 1910, Giovanni Papini, con una tempestividad sorprendente⁶, atribuyendo al destino el peso de un instrumento hermenéutico decisivo para comprender su obra, formulaba en *Il Resto del Carlino* la tesis, acogida posteriormente con gran aceptación, del “suicidio metafísico” (Papini, 1910). Hay que decir que este escrito, en el que detectamos sin duda algunos de los temas centrales del problema crítico relativo a Michelstaedter es, desde otro punto de vista, una radiografía particularmente fiel de la personalidad del propio Papini. No es casual que en la introducción al volumen *Ventiquattro Cervelli*, en el que él mismo dos años después volvía a presentar las páginas sobre Michelstaedter junto a otras dedicadas a literatos y filósofos italianos y extranjeros, escribiera:

¿De qué manera esta alma ha guardado estas veinticuatro almas? No con el recelo del estudioso puro y simple, ni con la presunción del crítico definitivo, sino como un alma de hombre que quiere penetrar vivamente en el alma de otros hombres: ya sea para que se amen o para que se odien. Son, por lo tanto, casi todos, ensayos pasionales, subjetivos, parciales, líricos, en un cierto sentido, y no críticos. Es verdad que pueden gustar y venir bien sobre todo a quienes interesa conocerme a través de lo que digo de los demás (Papini, 1912b, p. VI)⁷.

Estas reservas metodológicas valen, con más motivo, en el caso del ensayo sobre la obra michelstaedteriana que Papini confesaba no haber podido leer y que, en

⁵ El volumen weiningeriano fue traducido en italiano por G. Fenoglio (Weininger, 1912) con una reseña posterior de Papini (1912). Cfr. sobre el tema Cavaglion (1982).

⁶ Supongo que la señalación y las noticias vinieran de Arangio-Ruiz, gran conocido de los amigos vocianos vinculados al Instituto de Estudios Superiores de Florencia, y más adelante colaborador de la revista papiniana *L'Anima*. Papini, por su parte, fue uno de los primeros en terminar en el cuaderno de los bocetos de Michelstaedter nada más llegar a Florencia en 1905: cfr. Michelstaedter, 1975, tabla 53, p. 52. Pero no nos resultan contactos personales y la misma caricatura quizás fue tomada en una circunstancia pública, Michelstaedter confundido entre la multitud.

⁷ Por curiosidad cito aquí el elenco de los *Ventiquattro cervelli*: Anónimo, Dante, Leonardo, L.B. Alberti, G.B. Vico, R. Ardigò, E. Regalia, G. Vailati, E. Ferri, A. Farinelli, C. Michelstaedter, C. Linati, G. Locke, G. Berkeley, G. Ruskin, W. Whitman, E. Spencer, F. C. S. Schiller, G. Hegel, F. Nietzsche, R. Eucken, E. Bergson, L. Tolstói, T. Dostoievski.

consecuencia, se limitaba a resumir basándose en la autoridad de terceros: “Yo – declaraba textualmente– no he podido leer su tesis –que será publicada en breve– y solo he oído hablar de ella a los pocos que la han tenido entre las manos”. “Dicen –añadía– que es un libro muy personal, ora rígidamente dialéctico y apoyado por expresiones matemáticas, ora lleno de imágenes brillantes y de apóstrofes; en algunos momentos austero y oscuro como un nuevo Heráclito o dolorosamente tonante como un profeta de Jerusalén; y recuerdan, una y otra vez, al Eclesiastés o a la despiadada benevolencia de Buda”. Y más adelante continuaba afirmando: “No garantizo la perfecta precisión de estas ideas: he intentado adivinar, cumpliendo con mi ideario, que siento cercano al suyo, las ideas de Michelstaedter”. Resultó fatal que, al “intentar adivinar” la problemática de Michelstaedter, aislada del sustrato de experiencias reales en las que se había desarrollado y en las que tomaba sentido, resultase a la vez enfática y plana.

Michelstaedter no era un ser atormentado por las angustias corporales: era atractivo, sano, con gusto por la vida física; no entristecido por preocupaciones económicas. La naturaleza lo había dotado generosamente con cualidades intelectuales y él, además, se encontraba en vísperas de la graduación. Por último, la suya no había sido una turbación derivada de una crisis amorosa: de hecho –escribe Papini (pero en este punto su información presenta lagunas)– “se le conocían fervientes amigos, pero no novias ni amantes”. No dejaba aparte sin embargo, sino para rechazarlas, las voces que hablaban de “desequilibrio mental” testimoniadas por ejemplo por la “tendencia a subrayar más de lo necesario”. Aparte estas notas biográficas de fondo, el problema de Michelstaedter no podía ser más que el eterno “problema de la vida”. Él “no se suicidó por ninguna de las razones por las que se matan normalmente los hombres. Él, como otros poquísimos y rarísimos pensadores que lo precedieron, se suicidó para aceptar hasta el fondo, honesta y virilmente, las consecuencias de sus ideas –se suicidó por razones metafísicas”. No son suficientes los “apoyos de los racionalistas”–añadía Papini en manifiesta polémica frente al optimismo idealista de Hegel, Croce y Gentile– para cubrir “el misterio del mal, el enigma del dolor” a los ojos de un joven generoso.

Y sin embargo un solo momento de real y completa posesión de la vida valdría y contaría más que toda una larga vida como la que habitualmente nosotros vivimos. Pero este momento, para ser posible, no debería poder tener futuro –tendría que ser, supongo yo, la vigilia de la muerte. [...] El hombre puede comprender, por la ley divina de los opuestos, que el todo es la nada, el sí en el no, y la vida en la muerte. Y puede renunciar voluntariamente a la vida y en ese momento eterno que precede al fin él posee, por primera y última vez, la vida, la verdadera vida (Papini, 1910).

Papini, apuntando indiscriminadamente a la fórmula del suicidio filosófico, también estaba preparado para añadir el nombre de Michelstaedter a una singular historia del pesimismo histórico en la que incluía, de entre los antiguos, al “Persuasor de la muerte” Egesia y, de entre los modernos, a Mainländer, el “excesivamente olvidado” discípulo de Schopenhauer que había puesto fin a su vida el mismo día en que se exponía en los escaparates de las librerías su *Filosofía de la Redención*, y, naturalmente, el paralelismo más obvio, al “excesivamente célebre” Otto Weininger. Pero con Michelstaedter –concluía– “es la primera vez que un suicidio por razones idealistas y teóricas ocurre en el mundo de la cultura italiana [...] El dolor que inspira su muerte no es de esos que abaten sino de los que pueden enorgullecer a la nación que los comprende” (ibidem).

Se comprenden perfectamente, a estas alturas, la ‘liricidad’ y la ‘pasión’ del artículo de Papini. El recorrido rectilíneo y simplificado de las premisas teóricas a la decisión última del suicidio se hizo, ciertamente, para halagar su intelectual napoleonismo (la definición es de Slataper), reacio a encerrarse dentro de los confines de una realidad de papel tendente a afirmarse por compensación en gestos perentorios, en conversiones, en renunciaciones. Vale la pena, en este contexto, para explicar mejor no solo la consonancia espiritual que él mismo declara encontrar en el asunto de Michelstaedter, sino también el fondo masoquista de su cerebralismo, releer la siguiente página de *Un uomo finito*:

Pensaba hacer el libro yo mismo, el verdadero libro sobre la vida; el libro que debería, de una vez por todas, hacer que todos los hombres decidieran hacer de sí mismos y de los demás y de la existencia entera, ese menosprecio que merecen. En aquel tiempo me topé por primera vez con un gran filósofo. Hojeé, leí, medité sobre Schopenhauer [...] Intenté trazar una historia del pesimismo y recorrí así, en largas jornadas, la historia de la filosofía [...] No me gustaba en Schopenhauer su hostilidad hacia el suicidio. Y así pues, preparé, como última parte de la gran obra, una estoica propuesta de suicidio universal. No tanto por dar de qué hablar: no veía otra salida. Suicidio individual no, porque es ridículo e inútil; sino suicidio de masa, suicidio consciente, deliberado, en grupo, que dejara sola y desierta la tierra rodando inútilmente en los cielos. Imaginaba poder fundar una sociedad que progresivamente habría crecido y se habría extendido junto a la difusión de mi irrefutable libro. Cuando esta liga de los desesperados hubiese encajado perfectamente con la humanidad entera, se habría debido elegir el gran día –¡el final! Había pensado incluso en los medios y me pareció que el veneno era sin duda el preferido. ¡Tonterías, niñerías! Y sin embargo la idea fija de tener que ser el apóstol de esta suprema conclusión de la vida fue para mí, durante un tiempo, el único pretexto para permanecer vivo. Y acepté seguir viviendo solamente con la tonta esperanza de hacer morir a todos los hombres junto a mí (Papini, 1913, pp. 108-109).

La cita es larga, pero contiene pasajes iluminadores que se comentan solos. La afinidad con el joven de Gorizia era ilusoria. Papini, ‘joven viejo’, intentó, por todos los medios, permanecer joven, más joven que los demás, y creyó que lo había conseguido lanzándose a los brazos de las más diversas vanguardias; pero es significativo que, aun con tantas, e incluso demasiadas, páginas salidas de su pluma, no encontrara nada que añadir a Michelstaedter, como se pudo documentar en las ediciones Formiggini de 1912-1913.

Incluso con estas limitaciones, la intervención de Papini, dejando a un lado la tesis del suicidio por razones metafísicas que se opone al origen de una larga tradición crítica, tuvo el gran mérito de presentar el nombre absolutamente desconocido de Michelstaedter al mundo cultural italiano. No es casualidad que, junto a Arangio-Ruiz, fueran los intelectuales del grupo de *La Voce* (Slataper, Amendola, Cecchi, Borgese, Bastianelli) quienes propusieron insistentemente a los estudiosos la figura, en otras áreas completamente desconocidas, de Carlo Michelstaedter.

Tiene un valor especial, al situarlo necesariamente en el plano de una común pertenencia al grupo juliano, y también por la evidente dependencia de la interpretación papiniana, el testimonio de Scipio Slataper, quien en el “Bollettino bibliografico” de *La Voce* hizo una reseña breve del primer volumen de Michelstaedter entregado a la prensa por Arangio-Ruiz en 1912 (Slataper, 1912). Entre las poesías del *Dialogo della salute* entonces publicadas, el joven triestino de

24 años mostraba una preferencia por *Dicembre*, porque en su opinión, en ella “la visión filosófica se identifica sin esfuerzo y sin restos con la imagen”. Mientras el enigma del suicidio se comenta a la luz de uno de los *Últimos aforismos* de Weininger⁸, posteriormente retomado también por Cecchi: “la muerte voluntaria [...] es la menor bellaquería que se puede cometer. Estas últimas palabras son de Weininger, espíritu esencialmente moral con el que guarda muchas similitudes, pero opuesto a él por la visión final del universo”. “Sin embargo, hay en su espíritu perenne –no olvidaba señalar Slataper– un elemento socrático, mefistofélico, que nos mantiene distantes de él”.

Pero más indicativo que esta rápida comunicación oficial es lo que Slataper escribía después, ya sin reticencias, en sus apuntes. Y es una nota que parece oportuno copiar completa: “Lo que fue un desastre para Papini, Michelstaedter –felicidad para nosotros. Y esto en tantos campos: no comprensión: no comprensión del hombre con la mujer (Weininger), del héroe con la masa. Obligados a vivir en la *vida* sin creer en ella. No nos podemos refugiar en el más allá: toda la liberación del más allá nos falta. No hay inmortalidad, alma: por lo tanto no hay gloria. Pero los seres activos: *trabajo*. Nos hemos dado cuenta de que en el trabajo, en el expresarnos con dureza, ahí había una felicidad” (Slataper, 1953, pp. 271-272). Página secreta de diario en el que queda confirmada y lúcidamente medida la distancia entre la ideología y la parábola existencial de un Michelstaedter y un Slataper, llegado por último, después de una primera fase de pesimismo egocéntrico y esteticismo, a la religión de la historia y de la laboriosa actividad humana: página en la que, en las explícitas y típicas largas dadas a Weininger y a Papini, el escritor de *Mi Carso*, muestra inequívocamente la influencia de la genealogía filosófica trazada a grandes rasgos por el artículo papiniano.

Esta misma influencia se revela en el triestino Silvio Benco (1913) a partir del título de su artículo, *Il suicidio filosofico*. En Benco, como ya sucedió con Slataper, influye la curiosidad por el compatriota; pero su intervención, además de contener la tesis preconcebida, presenta también los límites de un tono inspirado en el paternalismo y en el sentido común. “Los filósofos que buscan la coherencia en la muerte suelen ser jóvenes. Weininger, en Alemania, se mató jovencísimo; Michelstaedter, en Italia, acabó con su vida a los veinte años; no tenían los dieciocho dos jóvenes ingleses que, convencidos de estar en deuda con la muerte, habían acabado, después de un intento de saldar dicha deuda, discutiendo delante de los tribunales, sobre quién había conducido al otro a esta persuasión”. Para estos jóvenes “la verdad lo es todo; y se suicidan en nombre de la verdad. Para otros, una mujer lo es todo: y se suicidan por la mujer. Para otros, el honor: y se suicidan por honor”. Benco los confrontaba con “el más popular y más artista de los filósofos de esta escuela”, esto es, Schopenhauer, quien “no tuvo ningún problema en llegar a la vejez con una tranquilidad bastante jovial”. Pero preguntaba: “¿Cómo puede estar en la categoría de los razonamientos el cañón de un revólver? [...] Después de haber probado que la vida era un engaño, queda aún por demostrar si, después de todo, no vale la pena ser engañado. Hay engaños más bellos que la muerte” (Benco, 1913, p. 1). En la vida existen las Capillas Mediceas y la música de Beethoven que, evidentemente, a Benco le producían un efecto diferente y más tonificante del que provocaban en Weininger o en Michelstaedter. Benco puede tener razón o estar

⁸ El aforismo de Weininger aparece en el volumen *Über die letzten Dinge*; cfr. la (equivocadísima) traducción del editor Bocca, en el que ésta suena así: “El suicidio no es un signo de coraje, sino de vileza, no obstante este sea entre todas las vilezas la menor” (Weininger, 1914, p. 250).

equivocado, depende, ero a estas alturas la lectura del crítico coincide con el consejo de que no es aconsejable matarse.

El nombre de Michelstaedter no escapó, por otro lado, a la atenta exploración que Emilio Cecchi y Giuseppe Antonio Borgese estaban llevando a cabo sobre la cultura contemporánea. En las páginas de Cecchi (1912) no vamos a profundizar: subrayada una “potencia poética” de Michelstaedter, observaba cómo “por un temperamento tal, cerrado a la historia, obligado a concebir la vida en sus relaciones extremas, todo tendiera a transformarse principalmente en sustancia ética, en valor moral”. Demostraba buena voluntad, pero estaba evidentemente desorientado al evaluar al autor de los escritos publicados en 1912: el *Dialogo della salute* es una colección incompleta de poesías, que no comprendía todavía *I figli del mare*, las líricas *A Senia* y los versos de *All’Isonzo*.

Más interesante, al menos como ejercicio de crítica militante que nos transmite el eco de algunos lugares comunes de aquel momento, resulta el ensayo de Borgese (1915). En él, el crítico se recreaba esbozando el retrato de un joven que se despierta sobresaltado para vivir su jornada, monótona y vulgar como todas las que la precedieron y las que la seguirán, cargada de compromisos y de humillaciones. Borgese para reconstruir la atmósfera no olvida ni siquiera el “enervante conflicto de intereses”, “la mácula sutil de un diente que se carea”, “la arruga que se marca alrededor de la boca de una mujer amada”. Mientras “el reloj repite el antiquísimo adagio: *todas las horas hieren, la última mata*”, el tiempo sigue royendo y, como Miguel Ángel, “trabaja medio siglo en un cuerpo para sacar a la luz lo esencial, el esqueleto”. Este es el drama de Michelstaedter en la exposición asaz genérica de Borgese, quien en la obra del escritor de Gorizia sentía “el himno fúnebre que un vivo, un joven trabajador y sano, canta a sí mismo. Y sin embargo termina en una melodía marcial”. El presupuesto del estudioso era vitalista. Para Michelstaedter “esta vida es la Vida, esta muerte es la Muerte [...] Como cualquier otro moderno, pero con bastante más coherencia, es un idólatra, un fanático de la Vida, con la inicial mayúscula. Adora a esta única divinidad, la Vida Heroica” (Borgese, 1915, p. 90). En un ambiente dannunziano, la figura atlética de Michelstaedter adquiriría así las proporciones del súper hombre que estaba de moda, sin que apareciera ningún indicio de que aquella exuberante energía se consumía en una disipación estetizante, es más, pareciera que de ella naciera un firme compromiso moral, una voluntad irrenunciable de encontrar dentro de uno mismo, en el propio dolor, el sentido del humano ser.

De la doctrina vitalista atribuida a Michelstaedter, Borgese infería sin duda, siguiendo la huella papiniana, el suicidio: “su idolatría por la Muerte no es más que la otra cara de su idolatría por la Vida [...] Ella es su Jehová; y quien ha visto a Jehová debe morir” (Borgese 1915, p. 93).

Con Giovanni Amendola se abandona la crítica profética de Papini y de Borgese. Los intereses de Amendola eran más propiamente filosóficos. De los ensayos que, reunidos en un volumen, daba a la imprenta en 1915, solo el primero, *Etica e biografia* –del cual tomaba el título la recopilación– y el último sobre *Carlo Michelstaedter* eran inéditos. Y la misma colocación, respectivamente a modo de introducción sistemática y de epílogo histórico, avala la hipótesis de que ambos nacieron tras los estímulos de un impulso común cognoscitivo, de modo que uno pueda arrojar luz sobre el otro y viceversa.

En las páginas de Amendola de modo más alusivo que argumentativo, aun siendo muy sintéticas, se detecta un intento de lectura que no es indulgente con las modas efímeras del tiempo, sino que más bien está enraizado en el terreno de una

rica meditación personal. Y tiene su significado el hecho de que justo con este intérprete, que toma de Weininger el proyecto de una biografía teórica (aunque no en el sentido tipológico y de alguna manera naturalista que el autor de *Sexo y carácter* le había agregado), el problema del suicidio no se sostiene, como la clave de un arco, para comprender la personalidad de Michelstaedter. En este sentido, Amendola se limitaba a observar que el “misterio” (aunque ya dicha palabra implica una duda sobre la tesis papiniana del suicidio afrontado por razones metafísicas) de la muerte del goriziano “no nos convence para creer que él haya podido amar la muerte” (Amendola, 1915, p. 168). Con lo cual, al menos implícitamente, el “caso” Michelstaedter, por primera vez, sin que con ello se pierda de vista la vinculación con la realidad biográfica sino más bien apuntando expresamente hacia la unidad dialéctica con ella, se transforma y se enriquece en la sustancia de un renovado interrogante teórico.

Partiendo de un presupuesto de ética kantiana, formal y autónoma, Amendola había intentado superar, animado por su encuentro con la doctrina ética de Maine de Biran, algo que le parecía el residuo dualista del kantismo. Según el más maduro Amendola, la premisa kantiana del bien y el mal postula un criterio evaluativo externo al querer mismo, mientras que la distinción entre noumeno y fenómeno fractura la autonomía del hecho ético al requerir la introducción de máximas universales que acaban subordinándola. En cambio, “la acción es, en sí misma, la forma en que el bien se distingue del mal” (p. 35), por lo cual la Voluntad coincide con el Bien⁹.

Ahora, la filosofía crítica, que le ha devuelto al hombre su soberanía moral, también le ha quitado por otro lado, los apoyos de la garantía ofrecida tradicionalmente por el principio divino. De ello deriva –según el juicio de Amendola– que a lo largo de todo el siglo XX, la relación entre la vida de la personalidad y la ley ética se sintiera como conflicto y ruptura del antiguo equilibrio. “Tenemos así la abundante serie de las tragedias éticas de la literatura moderna, que van desde Werther hasta el constructor Solness y de Fausto a Brand” los cuales, “pueden considerarse como intentos artísticos dirigidos al descubrimiento de una jerarquía de valores morales inmanentes a la consciencia del hombre” (Amendola, 1915, p. 4).

En el ámbito de esta perspectiva histórica y en los límites a ella consentidos por las premisas del kantismo (en el sentido de que la fórmula amendoliana de la identidad Voluntad-Bien no podía, necesariamente, suministrar una adquisición plena de los factores irracionalistas y dramáticamente pre-existencialistas del pensamiento michelstaedteriano), Amendola descubría en el filósofo goriziano el valor de “una filosofía en una biografía”, entendida como ejemplar testimonio de un contemporáneo, y derivada de la intransigente rigidez de la ética kantiana. Por este motivo, Michelstaedter era reconocido como un “creador de moralidad”, que en comparación con un Nietzsche, un Ibsen o incluso un George Sorel o Péguy, nos hace notar “toda la profunda, honestísima seriedad de su ‘buena nueva’”. Al igual que Amendola se había mostrado reticente sobre la tesis papiniana del “suicidio metafísico”, de la misma manera, su exquisita sensibilidad por los valores éticos de la vida que se realizan como acción auténtica le protegía de la interpretación en clave de voluntarismo activista avanzada en ese mismo año por Borgese. Él, en cambio, creía que en el ideal michelstaedteriano “la verdadera actividad no es el reflejo

⁹ Sobre este punto, cfr. sobre todo Amendola (1911), el opúsculo que reproduce, con algunos retoques, el texto de una conferencia dada, con el título *Etica e Religione*, en la Biblioteca Filosofica de Florencia.

externo de la cosa hacia el siempre huidizo porvenir, sino solamente la expresión y la revelación del hombre en sí consistente, del Yo ético firme y consciente” (ibidem, p. 169).

Las páginas del crítico no están exentas de sutiles observaciones puntuales, como por ejemplo el reconocer en la experiencia de Michelstaedter su modo de afirmarse, propio del “genio religioso”, a modo de “revelación”, o el subrayar el valor tanto filosófico como poético de sus escritos. Pero son comentarios que quedan como reflexiones aisladas y que solo mucho tiempo después quedarán recogidas y desarrolladas en la crítica. La personalidad vigorosa y compacta de Amendola se orientaba hacia la comprobación de los problemas éticos en el virulento impacto con el mundo de la historia y de la política.

Se podría añadir el testimonio de Giannotto Bastianelli (1922), aunque ya tardío, vinculado aun a los años florentinos y al ambiente vociano. Pero como se observa de este balance, antes de la Gran Guerra no hay nada más, y lo que hay nace bajo el signo de *La Voce*. La lectura sin textos de Papini condicionará durante mucho tiempo la literatura crítica sobre el desconocido autor y contribuirá a crear el tópico de un Michelstaedter vociano, creado por antologías y manuales académicos. Y los prejuicios difícilmente desaparecen. Después de tantos decenios, una reseña a mi edición del *Epistolario* de 1983 adquiere una vasta información sobre el personaje y sobre su cultura, publicadas las obras en la revista *Alfabeta*, llevaba el título impenitente: *Il vociano Michelstaedter*. Justamente el mencionado *Epistolario* es el que demostraba definitivamente la ausencia de relación con los vocianos, por lo que, como ya Saba en el décimo soneto de la *Autobiografía* dijo y, con más motivo podría haber dicho Michelstaedter, “ero fra lor di un'altra spece”.

Tras las páginas de Borgese e Amendola, hemos de añadir solo otra intervención, la de Raffaello Piccoli, publicada en un año prohibitivo como es 1916. Aunque Piccoli tuvo la suerte de publicar en Chicago en *The Monist*. Se trataba, en cualquier caso, de una intervención totalmente parafrástica, con intención divulgativa, la presentación de la traducción inglesa de los versos de *Alla sorella Paula* (Piccoli, 1916). En Europa concluía una época, la guerra lo devoraba todo, incluso los borradores de los *Appendici critiche* para un volumen de la edición Formiggini que no vio nunca la luz.

Traducción de María Antonia Blat Mir

Referencias bibliográficas:

- Amendola, G. (1911). *La volontà è il bene. Etica e religione*. Roma: Libreria editrice romana.
- (1915). *Etica e biografia*. Milán: Studio Editoriale Lombardo.
- Anónimo (1910, 24 de octubre). Il pietoso ufficio. *La Patria del Friuli*.
- Bastianelli, G. (1922, 9 de septiembre). Rievocazione di Carlo Michelstaedter. *Il Resto del Carlino*.
- Benco, S. (1913, 10 de agosto). Il suicidio filosofico. *Il Piccolo della sera* (ahora en Id. (1977), *Scritti di critica letteraria e figurativa* (O. Honoré Bianchi, B. Maier & S. Pesante, eds.) (pp. 309-312). Trieste: LINT).
- Borgese, G. A. (1915). La vita e la morte. En Id., *Studi di letterature moderne* (pp. 88-95). Milán: Treves.
- Cavaglioni, A. (1982). *Otto Weininger in Italia*. Roma: Carucci.
- Cecchi, E. (1912, 12 de septiembre). Rec. a *Scritti di Carlo Michelstaedter. Dialogo della salute – Poesie*. La Tribuna (ahora en P. Citati (ed.) (1974), *Letteratura italiana del Novecento* (vol. II, pp. 755-761). Milán: Mondadori).
- Michelstaedter, C. (1907, 22 de febrero). Reminiscenze dei funerali di Calducci. Impressioni. La veglia alla salma. *Il Corriere Friulano* (ahora en Id. (1983), *Epistolario* (pp. 183-186). Milán: Adelphi).
- (1908a, 6 de mayo). “Più che l’amore” di Gabriele D’Annunzio al Teatro di Società. *Il Corriere Friulano*.
- (1908b, 18 de septiembre). Tolstoi. *Il Corriere Friulano*.
- (1910, 29 de abril). Ancora lo “Stabat Mater” di Pergolesi. *Il Gazzettino popolare*.
- (1958). *Opere* (G. Chiavacci, ed.). Florencia: Sansoni.
- (1975). *Opera grafica e pittorica* (S. Campailla, ed.). Gorizia: Istituto per gli Incontri Culturali Mitteleuropei.
- (1983). *Epistolario*. Milán: Adelphi.
- Michelstaedter-Micheletti, G. (1960, 11 de octubre). Carlo Michelstaedter nei ricordi di casa mia. *L’Arena di Pola*.
- Papini, G. (1910, 5 de noviembre). Un suicidio metafisico. *Il Resto del Carlino* (ahora en Id. (1961), *Tutte le opere, Filosofia e letteratura* (pp. 817-822). Milán: Mondadori).
- (1912a, 31 de diciembre). Un nemico della donna. *La Stampa*.
- (1912b). *Ventiquattro cervelli. Saggi non critici*. Ancona: Puccini.
- (1913). *Un uomo finito*. Florencia: Vallecchi.
- Piccoli, R. (1916). Carlo Michelstaedter. *The Monist*, 26(1), 1-23.
- Weininger, O. (1912). *Sesso e carattere*. Turín: Bocca.
- (1914). *Intorno alle cose supreme*. Turín: Bocca.

Slataper, S. (1912), Rec. a Carlo Michelstaedter, *Dialogo della salute – Poesie*. *La Voce*, V, 901 (ahora en G. Ferrata (ed.) (1961), *La Voce 1908-1916* (pp. 313-314). Roma: Landi).

– (1953). *Appunti e note di diario* (G. Stuparich, ed.). Milán: Mondadori.